

Lo que falta á su vida, á su carácter como á su ingenio, es el gusto, la gracia y el tino, precisamente lo que debia señalar la bella época de Luis XIV. Con sus diez años más que el rey, la princesa anduvo siempre un poco rezagada y fué de la antigua Corte. Pertenece, por su giro de imaginacion, á la literatura del fin del reinado de Luis XIII y de la Regencia, á la literatura del hôtel Rambouillet que no ha sufrido la reforma de Boileau ni la de madama de La Fayette. Hay confusion en sus admiraciones : aprecia mucho á Corneille, hace representar en su casa el *Tartufe*, pero recibe tambien al abate Cotin : « Me gustan los versos, de cualquiera clase que sean », dice. Á lo que más aficion muestra es á la grandeza y á la gloria ; á menudo se equivoca ; no obstante tiene arranques de altivez, de honor y de bondad dignos de su raza. Los dias en que mejor está deja percibir la vecindad de Corneille. Su comportamiento en el combate de San Antonio no debe echarse en olvido. Tambien sus Memorias son uno de sus títulos más duraderos, Memorias verídicas y fieles, en las cuales dice todo de sí misma y de los demas, ingenua y altamente, tal como lo concibe su espíritu. Las personas de buen criterio que las lean, y que gozan, como de una singularidad ya perdida, con tan increíbles confesiones y un modo de ver tan desenfadado en todas cosas, pueden añadir á ellas las reflexiones y la moralidad que ella omite.

MAGDALENA DE SCUDÉRY

No voy á intentar una rehabilitacion, pero conviene que sean rectificadas las ideas al tratarse de ciertos nombres que se toman en boca con frecuencia. Ya no se leen libros de la señorita de Scudéry, pero se la cita todavía ; su nombre sirve para designar un género literario, un modo de bello ingenio en una hora célebre : es una medalla que casi ha cesado de estar en circulacion y ha llegado á ser moneda. ¿Cuál es el valor y el título de esta ? Hagamos con la señorita de Scudéry un poco de eso mismo que ella se complacia tanto en hacer : examinemos, distingamos y analicemos.

Esta doncella, *de mérito extraordinario*, como la llamaban, nació en el Havre en 1607, durante el reinado de Enrique IV ; no murió hasta 1701, á la edad de noventa y cuatro años, hácia el fin del reinado de Luis catorceno, como solia decir ella á menudo. Su padre era de la Provenza ; se habia trasladado á la Normandía, donde se casó, pero no dejó de transmitir á sus hijos algo del número meridional. El hijo, Jorge de Scudéry, es célebre por sus versos rimbombantes, en los cuales tuvo un dia la desgracia de encontrar y ofender á Corneille ; la posteridad no se lo ha perdonado. La señorita Magdalena de Scudéry era mucho más sensata que su hermano ; la parte de la Normandía, si me es lícito expresarme así, era con mucho más perceptible en ella :

razona, discute y pleitea en materia de ingenio como el procurador ó el abogado más hábil. Sin embargo, parece que también tenía una buena parte de la vanidad de familia; solía decir siempre: *Desde la caída de nuestra casa...* « Cualquiera creería que habla de la destrucción del Imperio griego », notaba el malicioso Tallemant des Réaux. En efecto, los Scudéry tenían la pretensión de proceder de una casa nobilísima, antiquísima y *siempre guerrera*, oriunda del reino de Nápoles y establecida siglos hacía en la Provenza. Al transformar en sus novelas á los personajes conocidos suyos en héroes y en príncipes, la señorita de Scudéry creía no salir de su casa. Habiendo quedado huérfana de padre y madre cuando todavía era muy jóven, fué recogida por un tío, hombre instruido y honrado que habitaba en el campo, quien cuidó esmeradamente de su educación, mucho más de lo que se acostumbraba hacer con las jóvenes de entónces. Á leer y á escribir, la ortografía, el baile, el dibujo, la pintura y la costura, todo lo aprendió, nos dice Conrart, y adivinaba por sí misma lo que no se la enseñaba: « Como ya tenía desde entónces una imaginación portentosa, una memoria excelente, un criterio exquisito y un genio vivo y naturalmente inclinado á saber todo lo que veía hacer de curioso y todo lo que oía decir de laudable, aprendió ella misma las cosas que dependen de la agricultura, de la jardinería, del menaje, de la labranza, de la cocina; las causas y efectos de las enfermedades, la composición de una infinidad de remedios, perfumes, aguas olorosas y destilaciones útiles ó galantes para la necesidad ó para el placer. Tuvo ganas de saber tocar el laúd y tomó algunas lecciones con bastante éxito. » Pero este laúd le robaba demasiado tiempo, y sin renunciar enteramente á él, prefirió ocuparse más particularmente en ilustrar su entendimiento. Aprendió con perfección el italiano y el español, y su mayor placer lo encontraba en la lectura y en las conversaciones escogidas, de las cuales no estaba desprovista en su vecindad. Este cuadro que nos presenta Conrart de la primera educación de la señorita de Scudéry, nos recuerda enteramente la primera educación de madama de Genlis en

Borgoña, y desde luego diré que estudiándola de cerca, como acabo de hacerlo yo, la señorita de Scudéry me parece haber tenido mucho de madama de Genlis, agregando la virtud. Aprenderlo todo, saberlo todo, desde las propiedades de los simples y la confección de las confituras, hasta la anatomía del corazón humano; hallarse desde temprano considerada como una perfección y una maravilla, formar de todo lo que pasa en la sociedad asunto para novela, para semblanza, para disertación moral, para encomio y para lección; unir un fondo de pedantería á una extremada sutileza de observación y á un uso perfecto del mundo, son rasgos que les son bastante comunes á entrambas; no obstante, no son menos esenciales de notar las diferencias. La señorita de Scudéry « que era de muy buena presencia » y de aire bastante majestuoso, no tenía ninguna belleza: « Es una persona alta, flaca y negra que tiene la cara muy larga », nos dice Tallemant; pero estaba dotada de cualidades morales que jamás se desmintieron. La consideración y la estimación nunca se separaron en ella de la idea de celebridad y de gloria. En una palabra, es una Genlis del tiempo de Luis XIII, llena de fuerza y virtud, y que permanece virgen y soltera hasta los noventa y cuatro años. Estos puntos de diferencia ó de semejanza acabarán de determinarse á medida que avancemos y sin necesidad de insistir en ello.

Preciso es también oírle hablar de sí misma, cada vez que pueda hacerlo cubierta con un ligero velo. En la mayor parte de sus diálogos, siempre que encuentra medio de poner en boca de alguno de sus personajes alguna agudeza, no omite hacer decir al que replica: « Todo eso está muy bien dicho... Todo eso está admirablemente pensado. » Ó, valiéndose de una palabra predilecta: « Eso está muy bien *dilucidado*. » Este encomio indirecto que á sí misma se dirige lo encuentra uno á cada instante, y es inagotable tratándose de fórmulas laudatorias. Ella se pintó á medias en el personaje de Safo, en el tomo x del *Gran Ciro*, y este es el nombre que le ha quedado. *La ilustre Safo*, así es como la llamaban siempre á la señorita de Scudéry los que habían leído *el Gran Ciro*. Hé aquí algunos párrafos de esta Semblanza, donde segu-

ramente hacía referencia á su persona. Despues de haber hablado de la larga serie de antepasados que podia contar su heroína :

« Safo, añadía, tuvo además la ventaja de que su padre y su madre
» tenían entrambos mucho ingenio y virtud; pero tuvo la desgracia
» de perderlos en edad tan temprana, que sólo pudo recibir de ellos
» las primeras inclinaciones al bien, pues no tenía más que seis años
» cuando murieron. Verdad es que la dejaron bajo la dirección de una
» parienta... »

El tío ha sido cambiado en parienta; pero lo demás continúa refiriéndose á ella :

« En efecto, Señora (es una relación que se supone dirige uno de
» los personajes á la *reina de Ponto*), no creo que toda la Grecia tenga
» nunca una persona que se pueda comparar con Safo. No me den-
» tendré no obstante, Señora, en contaros su niñez, pues fué tan poco
» tiempo niña que á los doce años se comenzó á hablar de ella como
» de una persona cuya belleza, entendimiento y juicio estaban for-
» mados ya y excitaban la admiración de todo el mundo; pero si os
» diré únicamente que jamás en persona alguna se notaron inclina-
» ciones más nobles ni mayor facilidad para aprender todo lo que quiso
» saber. »

Entrando de lleno á tratar este capítulo de la belleza, también piensa en sí misma cuando dice :

« Aunque me oigáis hablar de Safo como de la persona más ma-
» ravillosa y encantadora de toda la Grecia, no debéis figuraros que
» su belleza sea una de esas grandes bellezas en las cuales ni la misma
» envidia podría encontrar ningún defecto... Es sin embargo capaz de
» inspirar mayores pasiones que las más grandes bellezas de la tierra...
» Por lo que respecta á la tez, no la tiene de perfecta blancura; no
» obstante, es tal su brillo que puede decirse que la tiene hermosa;
» pero lo que hay de soberanamente agradable en Safo, es que tiene
» unos ojos tan bellos, tan vivos, tan amorosos y tan expresivos, que
» ni se puede resistir su brillo ni apartar de ellos la vista... Lo que hace
» su brillo más *grande*, es que jamás ha habido una oposición más

» *grande* que la del blanco y el negro de sus ojos. Sin embargo, esta
» *grande* oposición no causa en ellos ninguna rudeza... »

Bastante fácilmente se notan las negligencias de estilo, las repeticiones y las pausas, y eso que yo compendí mucho, cosa que no hace jamás la señorita de Scudéry; yo suprimo de paso muchos *peros*, muchos *pues* y muchos *aunques*; pero bastan y sobran estos rasgos para divisar el ideal que no le disgustaba presentar de su belleza, ó, si se prefiere, el correctivo de su fealdad. Tal pudo parecer un momento la Safo del Marais á ojos prevenidos, en un tiempo en que Chapelain pasaba por un gran poeta épico y la comparaba intrépidamente con la Doncella de Orleans, y el día en que Pellison, el más feo de los bellos ingenios, le hizo su declaración apasionada.

Y en este mismo retrato de Safo, precioso para nosotros, llega en fin á los encantos del entendimiento, acerca de los cuales se extiende con doble complacencia :

« Pues los encantos de su entendimiento superan con mucho á
» los de su belleza. En efecto, es de tan vasta extensión, que se
» puede decir que lo que ella no comprende no puede ser comprendido
» por nadie, y tiene tal disposición para aprender fácilmente todo
» lo que quiere saber, que sin apenas haberse oído nunca decir que
» Safo haya aprendido nada, sabe no obstante todas las cosas. »

Sigue á esto la enumeración de todas sus habilidades, versos, prosa, canciones improvisadas :

« Expresa además con tanta delicadeza los sentimientos más difíciles de expresar, y sabe hacer tan bien *la anatomía de un corazón enamorado*, si es lícito hablar así, como describir exactamente todos los celos, todas las inquietudes, todas las impacencias, todas las alegrías, todos los disgustos, todos los murmullos, todas las desesperaciones, todas las esperanzas, todas las rebeliones y todos esos sentimientos tumultuosos que nunca suelen ser bien conocidos sino por los que los sienten ó los han sentido. »

Una de las pretensiones de la señorita de Scudéry era conocer hasta ese punto y describir tan bien los movimientos más recónditos

del amor sin haberlos sentido apénas de otro modo que por la reflexion, y es cierto que lo consigue á menudo en todo lo que es delicadeza y sutileza, en todo lo que no es la llama misma. « Explicáis eso tan admirablemente, se le pudiera decir con un personaje de sus diálogos, que aunque en toda vuestra vida no hubieseis hecho otra cosa que tener amor, no hablariais de él con mayor acierto. » — « Si yo no lo he tenido, nos responderia ella con su sonrisa más graciosa, conozco amigas que lo han tenido por mí y que me han enseñado á hablar de él. » Eso se llama tener ingenio, y el de la señorita de Scudéry era grande.

En este retrato de Safo, que en gran parte es el suyo propio, insiste mucho acerca de que no solamente sabe á fondo todo lo que depende del *amor*, sino que tambien conoce no ménos todo lo que toca á la *generosidad*; y todo este portento de ciencia y de naturaleza, segun ella, se corona con la modestia :

« En efecto, su conversacion es tan natural, tan fácil y tan galante, que jamas se le oyen decir en una conversacion general sino cosas que se puede creer pudiera decir una persona de grande ingenio sin haber aprendido todo lo que sabe. No significa esto que las personas sabedoras de las cosas no conozcan bien que la naturaleza sola no podria haberle desarrollado su entendimiento hasta el punto que ella lo tiene, sino que cuida tanto de no traspasar los límites del bien parecer señalados á su sexo, que casi nunca habla sino de aquello de que deben hablar las damas. »

Todos convendrán en que esta era una Safo juiciosa y modesta, enteramente al uso del siglo xvii, y conforme con el último buen gusto de la Plaza Real y del Hôtel Rambouillet.

La señorita de Scudéry tardó poco, en efecto, en producirse allí. La provincia no la retuvo largo tiempo. Habiéndosele muerto su tío, titubeaba entre ir á Ruan ó á París; pero su hermano que entonces tomaba rango entre los autores dramáticos y cuyas producciones obtenian buen éxito en el Hôtel de Borgoña, la decidió á que viniera á establecerse en la capital. Apareció en seguida con ventaja, fué admi-

tida y celebrada en las mejores sociedades, y comenzó á escribir novelas, sin poner no obstante en ellas su nombre y ocultándose bajo el de su muy glorioso hermano. *Ibrahim ó el ilustre Bassa* comenzó á salir á luz en 1644; *Artamene ó el Gran Ciro*, en 1650, y la *Clelia*, en 1654.

El verdadero apogeo de la señorita de Scudéry está en este momento, en la hora de la Regencia, en los bellos dias de Ana de Austria, ántes y despues de la Fronda, y su gloria duró sin ningun contratiempo hasta que vino á atacarla Boileau, como verdadero alborotador : « Este Despréaux, decia Segrais, no sabe otra cosa que hablar de sí y criticar á los demas : ¿ por qué ha de hablar mal de la señorita de Scudéry como lo hace? »

Para comprender bien el éxito de la señorita de Scudéry y la direccion que dió á su talento, es menester tener presente lo que era la alta sociedad de París ántes del establecimiento de Luis XIV. Reinaba hacia algunos años una aficion á las bellas letras, en que habia más celo y emulacion que discernimiento y luces. La novela de Urfé, las Cartas de Balzac, el gran éxito de las piezas de teatro, de las de Corneille y de otros autores que estaban en boga, la proteccion un tanto pedantesca, pero real y eficaz, del cardenal de Richelieu, la fundacion de la Academia francesa, todas estas causas habian desarrollado gran curiosidad, sobre todo en las mujeres, que conocian era llegado el momento de poner la sociedad á su nivel. Emancipábanse de la antigüedad y de las lenguas sábias; querian saber su lengua materna y se dirigian á los gramáticos de profesion. Las gentes de condicion se hacian los mediadores entre los sabios propiamente dichos y los salones : se queria agradar aprendiendo. Pero en estos primeros ensayos de una sociedad grave y cortés se mezclaba una grande inexperiencia. Para tributar á la señorita de Scudéry toda la justicia que le corresponde y asignarle su verdadero titulo, se debe considerarla como una de las *institutoras* de la sociedad, en este momento de formacion y de transicion. Este fué su papel y en gran parte tambien su designio.

En este retrato y esta historia de Safo que se lee hácia el final del *Gran Ciro*, señala ella misma hasta qué punto se hallaba penetrada de él, y añade más nociones y tacto que el que de léjos y en vista de su reputacion se le atribuye. No la tengáis por persona que hace profesion de tener talento, pues se defiende ante todo contra esa idea : « No hay cosa más incómoda, dice, que el ser un *talento* ó ser tratada como tal, cuando se tiene el corazon noble y pertenece uno á cierto linaje. » Mejor que nadie conoce ella todos los inconvenientes que hay en ser recibido en la sociedad sólo por ser un talento (sobre todo un talento femenino), y los expone como persona de buen sentido y como señorita de calidad que los ha sufrido. Uno de estos mayores inconvenientes consiste en que las personas de alta sociedad se figuran que no se puede entablar una conversacion con una persona de talento del mismo modo que con cualquiera otra, ni hablar con ella como no sea en *estilo elevado* :

« Pues yo veo hombres y mujeres que me hablan algunas veces y están en grande apuro, porque imaginan que no se me debe decir á mí lo que se dice á los demas. En balde les hablo yo de la belleza de la estacion, de las noticias que corren y de todas esas otras cosas que forman la conversacion ordinaria, pues siempre vuelven á su tema; y están tan persuadidos de que me hago violencia para hablarles así, que ellos se la hacen á sí mismos para hablarme de otras cosas de tal modo fastidiosas que bien quisiera no ser Safo cada vez que esto me ocurre. »

Así es que la señorita de Scudéry no deja de hacerse á sí misma muchas objeciones sobre los inconvenientes de ser un talento mujer, y mujer sábia. Mucho ántes que Molière dijo ella cosas muy sensatas sobre el particular. Pero no olvidemos la época de esta sociedad y el género de dificultades con que tenía que luchar. La cuestion que discute con cuidado es esta : Si convendría que las mujeres en general supieran más de lo que saben : « Aunque soy enemiga declarada de todas las mujeres que presumen de sábias, no deja de parecerme muy reprehensible el extremo opuesto ni de espantarme el ver á tantas mu-

jes de calidad sumidas en una ignorancia tan grosera que, en sentir mio, deshonran á nuestro sexo. » Ese era, efectivamente, el defecto que desde luego debia ser corregido. La educacion de las personas de calidad, por los años de 1644 á 1654, era de las más defectuosas. Para una La Fayette y una Sévigné, ¡ cuántas ignorancias y olvidos extraños, aun en las mujeres de ingenio y renombre! Madama de Sablé, la ingeniosa amiga de La Rochefoucauld, no escribia con pizca de ortografía. « Es cierto, decia la señorita de Scudéry, que hay mujeres que hablan bien y escriben mal, pero que escriben mal puramente por culpa suya... Es en mi concepto error insoportable en todas las mujeres, añadía, eso de querer á la par que *hablar bien, escribir mal*... La mayor parte de las damas parece que escriben para que no las entiendan, tan poca es la trabazon que hay en sus palabras y tan caprichosa su ortografía. Sin embargo, esas mismas damas que cometen tan audazmente faltas tan groseras al escribir y que parece han perdido todo su ingenio al tomar la pluma, se burlarian dias enteros de un pobre extranjero que hubiese empleado una palabra por otra. » Una de las correcciones á que más impulsó y contribuyó la señorita de Scudéry, fué á poner en consonancia el modo de conversar y el de escribir. Hizo que se ruborizaran las personas de su sexo que incurrian en esta inconsecuencia; escribir por principios y tambien un poco hablar por principios, fué el doble resultado de su doctrina y de su ejemplo. Sus ideas acerca de la educacion de las mujeres están llenas de tino y mesura en la teoría :

« Hablando seriamente, dice, ¿hay cosa más chocante que el modo como se procede ordinariamente en la educacion de las mujeres? No se quiere que sean coquetas ni galantes y no obstante se les permite que aprendan con cuidado todo lo que es propio para la galantería, sin permitirles saber nada que pueda fortalecer su virtud ni ocupar su imaginacion. En efecto, todas esas grandes reprimendas que se les echa en su primera juventud, unas veces porque no están bastante aseadas ó no se visten con bastante buen gusto, otras porque no estudian bastante las lecciones de baile ó canto que

» les dan sus maestros, ¿no prueban lo que digo? Y lo extraño es que
 » una mujer que decorosamente no puede bailar más que cinco ó seis
 » años de su vida, emplee diez ó doce en aprender continuamente lo
 » que no debe hacer más que en cinco ó seis; y á esta misma persona
 » que está obligada á tener juicio hasta la muerte y á hablar hasta su
 » último suspiro, no se le enseña nada que pueda hacerle hablar más
 » agradablemente, ni obrar con más conducta.»

Su conclusion, que no da todavía sino con reserva (pues en materia tal que atañe á la *diversidad de los espíritus*, no puede haber *ley universal*), su conclusion, digo, es que al pedir á las mujeres más saber del que tienen, nunca quiere ella sin embargo que obren ni hablen como sábias: «Deseo pues mucho que se pueda decir de una persona de mi sexo que sabe cien cosas de las cuales no hace alarde, que tiene la inteligencia muy ilustrada, que conoce primorosamente las bellas obras, que se produce bien, que escribe correctamente y que conoce el modo de portarse en sociedad; pero no quiero que pueda decirse de ella: *Es una mujer sabia*; pues estos caracteres son tan diferentes que ni aun se parecen.» Repetimos otra vez más que esto se llama tener razon, y esta abunda en los libros de la señorita de Scudéry, si bien es verdad que está mezclada con mucho razonamiento y disertacion, y tambien sumergida en las que nos parecen hoy extravagancias romancescas.

Lo que para nosotros es extravagancia era sin embargo lo que hacia pasar entónces la enseñanza de mano en mano y llegar más seguramente á su direccion. Tallemant nos dice que tenia cuando conversaba un tono de *dómine* y de *predicador* que no era nada grato: ese tono se disfrazaba en sus novelas al pasar por boca de sus personajes, y preciso nos es en el dia hacer cierto estudio para volver á encontrar en el fondo la didáctica. Imagination verdadera é inventiva, no la tenia la señorita de Scudéry: cuando quiso construir é inventar fábulas, tomó los instrumentos que entónces se usaban, proveyéndose en el almacen y en el vestuario que estaban á la moda: copió el procedimiento de Urfé en la *Astrea*, y al hacerlo se lisonjaba todavía de

conciliar la Fábula con la Historia, el arte con la verosimilitud: «Nunca es permitido á un hombre cuerdo, opinaba, inventar cosas que no puedan creerse. El verdadero arte de la mentira consiste en parecerse mucho á la verdad.» Hay una conversacion en *Clelia*, donde se discute esta cuestion: *De la manera de inventar una fábula* y componer novelas. Poco falta para que la señorita de Scudéry no prodigue la observacion de la naturaleza: pone en boca de Anacreonte reglas de retórica casi tan buenas como las que se encontrarian en Quintiliano; lástima que ella misma no las haya practicado mejor. Hablar hoy de las novelas de la señorita de Scudéry y analizarlas, seria imposible sin calumniarla, tan ridiculo pareceria eso, pues se le imputaria á ella sola lo que no era sino descarrío de su tiempo. Para apreciar bien sus novelas como tales tendríamos que remontarnos á los modelos que ella se propuso y escribir la historia de una sucesion entera. Lo que nos choca en ella á primera vista, es que toma todos los personajes que conoce y trata, los disfraza de Romanos, Griegos, Persas y Cartagineses, y les hace representar en los principales sucesos casi el mismo papel que el que les está asignado en la historia, al mismo tiempo que les hace hablar y pensar como ella los veía en el Marais. *Amilcar*, es el poeta Sarasin; *Herminius*, es Pellisson: Conrart se convierte en *Cléodamas* y tiene, cerca de Agrigente, una bonita quinta, que se nos describe extensamente y no es otra que la que posee Athys cerca de París. Si encuentra un personaje histórico lo pone al compas de sus conocidos; nos dirá de Bruto, del que condenó á sus hijos y expulsó á los Tarquinos, que nació «con el ingenio más galante, apacible y deleitable del mundo»; y del poeta Alceo dirá que era «un mozo diestro, lleno de talento y muy enredador.» Las acciones y la conducta de todos estos personajes (tanto los desfigura) llegan á estar casi de acuerdo con esa manera facticia de presentárnoslos; un mismo matiz de falsedad cubre el todo. ¿Pero cómo, se dirá, tuvieron tales romances tanta boga y despacho? ¿Cómo pudo nutrirse con ellos la juventud de madama de Sévigné y de madama de La Fayette? En primer lugar, entónces no se tenia ninguna idea ver-

dadera del genio de los diversos tiempos y de la profunda diferencia de las costumbres en la historia. Además, casi todos los personajes que figuraban en las novelas de la señorita de Scudéry estaban vivos y eran contemporáneos cuyos nombres se sabían y cuyos retratos y caracteres se conocían, desde el *Gran Ciro*, en el cual se quería ver al gran Condé, hasta *Doralisa*, que era la señorita Robineau. Todos estos personajes, aun los más secundarios, eran conocidos en la sociedad; se comunicaba la clave y se nombraban las máscaras, y todavía hoy mismo, cuando sabemos los nombres verdaderos, no dejamos de leer las páginas que les conciernen sin curiosidad.

« No podriais creer, dice Tallemant, cuánto les gusta á las damas estar en esas novelas, ó por mejor decir, que se vean en ellas sus retratos; pues no es menester buscar allí más que el carácter de las personas, y no sus acciones que no están. Sin embargo, hay algunas que se han quejado de ello... » Una de ellas era mujer de las más ingeniosas de la época y que más uso hizo de esas palabras picantes que hacen mella y no se olvidan. La señorita de Scudéry había dado, en el tomo VI del *Gran Ciro*, el retrato de madama de Cornuel bajo el nombre de *Zenocrita*, de quien había hecho una de las más deleitables y más temibles burlonas de la *Lycia*. El retrato era muy exacto. Madama Cornuel justificó esta reputación de burlona diciendo de la señorita de Scudéry, de tez muy morena, que bien se veía « que estaba destinada por la Providencia á emborronar papel, puesto que sudaba tinta por todos los poros. » Una Marton ó una Dorina de Molière no nubiera dicho más.

Lo notable y realmente distinguido en las novelas de la señorita de Scudéry, son las Conversaciones que hay en ellas, para las cuales tenía un talento singular y verdadera vocación. Más tarde, cuando ya no estaban de moda sus novelas, hizo extractos de estas Conversaciones en pequeños volúmenes que salieron á luz sucesivamente hasta el número de diez (no procedía casi nunca sino por diez volúmenes). « La señorita de Scudéry acaba de enviarme dos pequeños tomos de *Conversaciones*, escribía madama de Sévigné á su

hija (23 de setiembre de 1680): es imposible que esto no sea bueno, no estando anegado en su gran novela. » Esos pequeños tomos y otros del mismo género publicados posteriormente y que recomiendan la vejez de la señorita de Scudéry, son buscados todavía por los curiosos y por aquellos para quienes nada de lo que interesa al gran siglo es indiferente. No es raro oír decir que las novelas de la señorita de Scudéry son detestables é ilegibles, pero que no sucede así con las *Conversaciones*. Bueno es que se sepa sin embargo que estas *Conversaciones*, al ménos todas las primeras, están sacadas textualmente de *Ciro*, de *Clelia* y de sus otras novelas.

Uno de los principales asuntos que trata en ellas es el de la *Conversacion* misma: « Como la Conversacion es el lazo de la sociedad de todos los hombres, el mayor placer de las personas honradas y el medio más ordinario de introducir en el mundo, no solamente la urbanidad, sino también la moral más pura y el amor de la gloria y de la virtud, me parece que en nada puede entretenerse más grata y útilmente la reunion, dice Celinia (uno de sus predilectos personajes), que en examinar lo que se llama Conversacion. » Comienzan pues á examinar lo que debe ser una conversacion para que sea amena y digna de una sociedad compuesta de personas honradas; y despues de convenir en que no debe ceñirse demasiado á los asuntos de familia y domésticos, ni inclinarse á los meramente fútiles y de tocador, como sucede tan frecuentemente á las mujeres entre sí: « ¿No estáis obligada á confesar, observa uno de los interlocutores de la señorita de Scudéry, que quien escribiese todo lo que dicen quince ó veinte mujeres juntas haría el peor libro del mundo? » Y eso aun cuando entre esas quince ó veinte mujeres las hubiese de mucho talento. Pero llega á entrar un hombre, uno solo, no siquiera de los más distinguidos, y de repente se hace esa conversacion más mesurada, más ingeniosa y amena. En suma, « las mujeres más amables del mundo, cuando están muchas reunidas y no hay hombres entre ellas, casi nunca dicen nada importante y se fastidian más que si estuvieran solas. Pero cuando se trata de una reunion de hombres honrados, no

sucede lo mismo. Su conversacion es indudablemente ménos festiva cuando faltan señoras que cuando las hay ; pero por lo regular, aunque sea más séria, no deja de ser razonable, y en suma pueden prescindir de nosotras más fácilmente que nosotras de ellos. » Estas observaciones tan atinadas revelan experiencia del mundo y casi del corazón. Todo este capítulo *De la Conversacion* está escrito con mucho tino ; y despues de haber recorrido los diferentes defectos de la conversacion, *Celinia* ó *Valeria*, ó más bien el autor, en un resumen que no tiene otro inconveniente que el de ser sobradamente exacto y metódico, saca por consecuencia que, para que la conversacion no sea enojosa y sí amena y razonable á la par, no ha de ceñirse á un solo objeto sino formarse un poco de todo : « Concibo, dice, que por punto general, con más frecuencia se trate en ella de las cosas ordinarias y galantes que de asuntos grandes ; pero concibo no obstante tambien que no hay nada que no pueda tener cabida en ella : que debe ser libre y diversificada segun los tiempos, lugares y personas con quienes se está, y que el secreto de ella consiste en hablar sencillamente de las cosas elevadas, y muy galantemente de las cosas galantes, sin apresuramiento y sin afectacion. » Pero lo que es más necesario para hacerla grata y divertida, es « que haya *cierto espíritu de urbanidad* que ahuyente de un modo absoluto todas las chanzas mordaces, así como todas las que puedan ofender en lo más mínimo al pudor... Quiero tambien que reine en ella *cierto espíritu jocoso*. » Todo eso está seguramente tan bien dicho y es tan agradable como juicioso, como no deja de notarlo uno de los personajes de la Plática. Leed despues de este capítulo el que trata *De la manera de escribir cartas* (extractado en parte de *Clelia* y que se encuentra en las *Conversaciones nuevas*), y comprenderéis cómo bajo el velo de esta novelista que de léjos nos parece extravagante, habia en la señorita de Scudéry una Genlis sensata, una miss Edgeworth, en fin, ¿qué diré? una excelente *maestra de pension* de la alta sociedad y de las señoritas de calidad en el siglo xvii.

Con todos los asuntos del mundo procede del mismo modo ; explica

un curso completo, sobrado completo con frecuencia, en que combina los ejemplos históricos que ha reunido, con las anécdotas que recoge en la sociedad de su tiempo. Analiza todo, diserta sobre todo, sobre los aromas, los placeres, los deseos, las calidades y las virtudes, y aun habrá vez en que, tomando el tono de un físico y un naturalista, hará observaciones sobre el color de las alas y el vuelo de las mariposas. Conjetura, sutiliza y simboliza ; investiga y da las razones de todo. Hay dias en que es gramático, académico, en que diserta sobre la sinonimia de las palabras y dilucida con cuidado sus acepciones ; explica en qué difieren la *alegría* y la *jovialidad* ; si la *magnificencia* no es más bien una calidad heroica y real que una virtud, puesto que la magnificencia sólo conviene á algunas personas, mientras que las virtudes deben convenir á todo el mundo ; como la *magnanimidad* comprende más cosas que la *generosidad*, la cual tiene por lo regular límites más estrechos, de manera que se puede ser á veces muy generoso sin ser por eso verdaderamente magnánimo. Hay pequeños Ensayos suyos que se anuncian de un modo halagüeño, tales como el *Del Tedio sin motivo*. En algunos casos, la señorita de Scudéry se muestra á nosotros, en estas *Conversaciones*, como el Nicole de las mujeres, con más agudeza quizás, pero tambien con un fondo de pedantismo y rigidez que el ingenioso teólogo no tiene. Luego Nicole concluye todo por Dios y por la consideracion del fin supremo, mientras que la señorita de Scudéry siempre concluye por las alabanzas y apoteosis del Rey, valiéndose para ello de una destreza y una maña particulares que ya advirtió Bayle y que no deja de desagradar un tanto.

En efecto, esta estimable persona, con quien se mostró largo tiempo ceñuda la fortuna, se habia acostumbrado temprano á dirigir cumplidos que pudieran serle útiles : entraba un poco de industria en el fondo de todo su mal gusto ; jamas se ha combinado mayor lisonja insípida con esa manía que tenia de corregir los defectillos de la sociedad en derredor suyo. ¿Qué queréis? tenia necesidad de vender sus libros y verlos colocados bajo ilustres patrocínios. Luego, eso de describir

extensamente á sus amigos y conocidos, sus casas de la ciudad y de campo, servia, lisonjeándolos de paso, para llenar páginas y abultar el volúmen. *Safo* no era superior á todas esas razones de oficio: «Á fe mía, dice Tallemant, cuando considero que tenía que utilizar toda clase de materiales, se lo perdono.» Regalitos, gratificaciones, pensiones, era aficionada á juntar estas pruebas positivas á la consideracion que nunca le faltó; pero todo eso contribuyó tambien á rebajar en ella al moralista y á encerrar su mirada dentro del estrecho círculo de la sociedad en que vivió.

Hay sin embargo ciertos pasajes en que cree uno percibir un espíritu firme y casi varonil, que aborda los asuntos más elevados con sutileza razonadora, que comprende sus diversas fases y que, sometiéndose siempre á las opiniones ya consagradas, lo hace sobre todo por consideraciones de decoro.

Acercábase ya la señorita de Scudéry á los sesenta años cuando apareció Boileau y comenzó, desde sus primeras Sátiras (1663), á mofarse de las grandes novelas y relegar el *Ciro* al número de esas admiraciones que sólo eran permitidas ya á los nobles campesinos. Esta guerra atrevidamente declarada por Boileau á un género falso cuyo tiempo era pasado y que no subsistia ya sino por un resto de supersticion, le dió un golpe mortal, y desde este dia la señorita de Scudéry no fué para el jóven siglo más que una autora rancia. Madama de La Fayette acabó de reducirla al rango de los antiguos venerables con la publicacion de *Zaida* y la *Princesa de Cléveris*, dos novelitas en que hizo ver cómo se podia ser conciso, natural y delicado á la par. En vano se intentaria hoy protestar contra este fallo irrefragable y enumerar todos los testimonios de consuelo en favor de la señorita de Scudéry, las cartas de Mascarón, de Fléchier, de madama Brinon, superiora de Saint-Cyr, de madama Dacier, los elogios de Godeau, de Segrais, de Huet, de Bouhours y de Pellisson. Este último, á quien desconsoló y suplantó Conrart, llegó á ser, como es sabido, el amante nominal de la señorita de Scudéry, su adorador platónico, y la celebró en veinte composiciones galantes bajo el nombre de *Safo*. Pero si

alguna cosa me prueba que Pellisson, á pesar de su elegancia y su pureza de dición, nunca fué un ático verdadero y que siempre ignoró las verdaderas gracias, es precisamente su gusto declarado por tal idolo. Nada podria deducirse de los encomios que madama de Sévigné y madama de Maintenon dirigian á la señorita de Scudéry envejecida, sino que estas personas, por miramientos y alta conveniencia continuaban respetando en ella, cuando la hablaban directamente, á una de las admiraciones de su juventud. Y respecto á todos esos otros nombres que se citan (no exceptúo ninguno, ni Fléchier, ni Mascarón, ni Bouhours), nótese bien, que no brillan por su buen gusto, por el gusto sano y juicioso; todos conservaron más ó ménos un tinte pronunciado del Hôtel Rambouillet y en ciertos puntos andaban en zaga de su siglo. La admiracion por la señorita de Scudéry es una piedra de toque que los pone á prueba y los juzga á ellos mismos.

La Academia francesa concedió en 1671 por primera vez el premio de Elocuencia fundado por Balzac. Este premio, en su origen, consistia en una especie de discurso ó sermon sobre una virtud cristiana. El primer tema designado por el mismo Balzac era *De la Alabanza y de la Gloria*: la señorita de Scudéry lo trató y obtuvo el premio, con grande aplauso de todos los viejos académicos que aun quedaban del tiempo de Richelieu. Esta Musa, que ganaba la primera corona é iba á guiar el cortejo de los futuros laureados, tenía por entonces sesenta y cuatro años.

Continuó vegetando y sobreviviendo á su renombre, verdaderamente desprestigiada fuera, pero disfrutando todavía de gloria en su aposento y á puerta cerrada. Su mérito y sus cualidades estimables la conciliaron hasta el fin una pequeña corte y amigos que sólo hablaban de ella como *de la primera dama del mundo* y *de la maravilla del Siglo de Luis el Grande*. Cuando murió, el 2 de junio de 1701, el *Diario de los Sabios* del mes siguiente (11 de julio) insertó estos pomposos elogios. Hacia el mismo tiempo y en el mismo barrio del *Marais* vivia y vegetaba, con nueve años ménos que ella, una mujer verdaderamente maravillosa y que realmente tenía en sí la gracia, la ur-

banidad ligera, la frescura y virilidad del ingenio, el don de darle lozanía, todo lo que faltaba á la señorita de Scudéry, — Ninon de L'Enclos. Hay una leccion completa de gusto en este solo cotejo de los nombres.

Como quiera que sea, la señorita de Scudéry merece que se una al suyo una idea justa. Sus novelas obtuvieron una boga que marca una fecha precisa en la historia de las costumbres y en la educacion de la sociedad. Siempre se recordará que se enviaba al gran Condé, preso en Vincennes, un tomo de *Ciro* para distraerle, y á M. de Andilly, solitario en Port-Royal, un tomo de *Clelia* para halagarle con la descripcion de su desierto. Con el falso aparato de imaginacion y las falsas galas históricas en que envuelve su pensamiento, la señorita de Scudéry apénas es más ridícula, si bien se mira, que lo ha sido madama Cottin hace cuarenta años. Ese traje de máscara era prestado : lo esencial y particular en ella era el modo de observar y pintar el mundo que la rodeaba, de coger al pasar á las personas que conocia, y de introducir las llenas de vida en sus novelas, haciéndoles conversar con talento y elegancia. Por este lado la juzgo yo tambien, y á la par que reconozco en ella mucha distincion é ingeniosa sagacidad analítica, mucha anatomía moral, añado que el todo es abstracto, sutil, excesivamente razonado, sin ligereza, sin luz, seco en el fondo y desagradable. Se parece ya á La Motte, á Fontenelle, pero con mucho ménos desembarazo. Ella distingue, divide y subdivide, *clasifica*, enseña. Nada de amenidad; hasta lo delicado se convierte presto en didáctico y alambicado. Aun en los pequeños pabellones de descanso, en medio de los parques y jardines que describe, tiene gran cuidado de colocar siempre una escribanía. Tal se me aparece, no obstante todos mis esfuerzos para representármela más amable, la geógrafa del país de *Tendre*, la Safo de Pellisson. Si fuera pues menester sacar la consecuencia y responder á la pregunta hecha al principio, uniría en lo sucesivo al nombre de la señorita de Scudéry la idea, no del ridículo, sino de la estimacion, muy formal, y de ninguma manera la idea del atractivo ó de la gracia.

El describir á una señorita de tan gran mérito y sin gracia, es sin embargo poco grato, y penoso mostrarla ante el público ; ¡ tendria uno tanto gusto en añadir lo que la falta ! Pero he querido que hubiera por lo ménos una de esta clase, para que la coleccion no fuera completamente placentera y halagüeña.

TABLE OF CONTENTS

The first part of the work is devoted to a general survey of the history of the subject, and to a consideration of the principles which should govern the selection of the material to be included in the work. The second part is devoted to a detailed description of the various methods which have been employed for the purpose of determining the relative values of the different elements of the system. The third part is devoted to a description of the various methods which have been employed for the purpose of determining the relative values of the different elements of the system. The fourth part is devoted to a description of the various methods which have been employed for the purpose of determining the relative values of the different elements of the system.